

**W**

**WORKING  
PAPERS**

**323**

**Las “nuevas guerras” del siglo XXI. Tendencias  
de la conflictividad armada contemporánea**

**CATERINA GARCÍA**



*Institut de Ciències Polítiques i Socials*  
Adscrit a la Universitat Autònoma de Barcelona



**Las “nuevas guerras” del siglo XXI.  
Tendencias de la conflictividad armada contemporànea**

CATERINA GARCÍA  
Universitat Pompeu Fabra

WP núm. 323  
Institut de Ciències Polítiques i Socials  
Barcelona, 2013

El Institut de Ciències Polítiques i Socials (ICPS) es un consorcio creado en 1988 por la Diputación de Barcelona y la Universitat Autònoma de Barcelona, institución esta última a la que está adscrito a efectos académicos.

“Working Papers” es una de las colecciones que edita el ICPS, previo informe del correspondiente Comité de Lectura, especializada en la publicación -en la lengua original del autor- de trabajos en elaboración de investigadores sociales, con el objetivo de facilitar su discusión científica.

Su inclusión en esta colección no limita su posterior publicación por el autor, que mantiene la integridad de sus derechos.

Este trabajo no puede ser reproducido sin el permiso del autor.



Versión escrita de la ponencia presentada por su autor en el seminario “Las Fuerzas Armadas en la sociedad democrática”, celebrado en el Institut de Ciències Polítiques i Socials los días 24 y 25 de octubre de 2013, y organizado con la colaboración del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE).

Esta publicación ha recibido una ayuda de la Secretaría General de Política de Defensa.



Edición: Institut de Ciències Polítiques i Socials (ICPS)  
Mallorca, 244, pral. 08008 Barcelona (España)  
<http://www.icps.cat>

© Caterina García

ISSN: 1133-8962  
DL: B-10186-2012

## **INTRODUCCIÓN. LA CONFLICTIVIDAD ARMADA DEL SIGLO XXI: NOVEDAD Y/O CONTINUISMO**

El objetivo de esta intervención es analizar los conflictos armados de alta intensidad que afectan a la seguridad de la sociedad internacional contemporánea. Estos han sido caracterizados por la literatura especializada y por los medios de comunicación como nuevos conflictos y/o nuevas guerras. No obstante, actualmente estos términos ya han sido cuestionados y, en cierta medida, superados. Por ello, el título de esta intervención, “Las ‘nuevas guerras’ del siglo XXI” podría considerarse obsoleto. Sin embargo, estimamos que, liberado de ciertos contenidos, sigue siendo útil para referirse a algunos de los rasgos de la conflictividad armada contemporánea. Por ello creemos precisa una observación previa acerca del significado real del adjetivo “nuevo”. La novedad es un rasgo muy apreciado por los medios de comunicación, los políticos y los académicos. En consecuencia, los calificativos “nuevo” y “novedoso” a menudo acompañan los titulares de las noticias, los discursos de los políticos y los títulos de las investigaciones de los académicos: “nuevo orden internacional”, “nuevas guerras”, “nuevos conflictos”, “nueva era de las relaciones internacionales”, “nuevo sistema internacional”, etc. El uso es sin duda abusivo porque en la mayor parte de las ocasiones se atribuye la calidad de nuevo a todo el sustantivo al que califica el adjetivo cuando, en realidad, tan solo hay una parte de novedad que se añade al continuismo de la acción, la circunstancia o el hecho al que se refiere. No todas las características de las guerras actuales son distintas a las de las guerras anteriores, ni todas sobrevienen o se añaden a las previas, ni todas se manifiestan por primera vez. En la mayoría de ocasiones la idea de “novedad” hace referencia, más que a la aparición de fenómenos o actores o la gestación de dinámicas que antes no existían, a una intensificación de tendencias de larga duración que, en un momento dado, adoptan una visibilidad y provocan un impacto hasta entonces desconocidos. Esto no significa que no haya fenómenos o acontecimientos puntuales realmente nuevos o innovadores (por ejemplo el fin de la Guerra Fría, los atentados del 11-S o el uso de vehículos aéreos no tripulados en los conflictos armados) ni que los cambios evolutivos no sean importantes. Al contrario, la transformación cualitativa, e incluso solamente cuantitativa, de una tendencia puede dar lugar a una realidad que acabe siendo relevantemente diferente a aquella de la que partía. Así, sin ser absolutamente nuevos, los conflictos armados y las guerras contemporáneas

tampoco son idénticos a los de otras épocas. Y es en base a los rasgos novedosos que tienen los conflictos armados contemporáneos que vamos a seguir usando el término “nuevas guerras”, al tiempo que vamos a intentar situarlo en su justo lugar, atendiendo a las continuidades presentes en los conflictos armados, diferenciando las novedades de lo que son intensificación de tendencias anteriores y, muy especialmente, intentando distinguir la realidad de las nuevas guerras del discurso teórico y político sobre ellas.

Dicho esto, nuestra intervención defenderá tres ideas. La primera es que los cambios en la conflictividad contemporánea no deben confundirnos: la era de los conflictos armados interestatales parece haber llegado a su fin pero no así los conflictos violentos. Por ello, ni desaparece la inseguridad ni se reducen las consecuencias devastadoras de los conflictos, solamente se transforman. En este sentido, nuestra comprensión de la conflictividad se identifica con la defendida, entre otros autores, por Herfried Münkler<sup>1</sup>. Su metáfora del camaleón de la guerra nos parece muy ilustrativa: cambia la apariencia, la forma fenoménica de la violencia y la guerra, pero la esencia sigue siendo la misma. La segunda es que los cambios en la conflictividad contemporánea están vinculados a los procesos y dinámicas centrales de las relaciones internacionales que tienen un impacto directo sobre la seguridad internacional: fundamentalmente las transformaciones socioeconómicas derivadas de la globalización, las transformaciones en la estructura y la geopolítica del poder y el protagonismo creciente de los actores no estatales. Y la tercera idea es que las dificultades de gestión de la conflictividad contemporánea derivan de la falta de adaptación teórico-práctica del orden y las prácticas interestatales limitadas por la soberanía a los retos planteados por los problemas plurales (en cuanto a los actores implicados) y globales (en su alcance) que caracterizan a las relaciones internacionales contemporáneas y que exigen soluciones de gobernanza global comprometidas con la provisión de bienes públicos globales.

A fin de argumentar y defender estas ideas vamos a proceder al análisis general de los denominados nuevos conflictos. Para ello, en primer lugar procederemos al examen del patrón de la conflictividad armada contemporánea; en segundo lugar, revisaremos el discurso sobre las nuevas guerras; y, en tercer y último lugar, concluiremos con unas breves reflexiones finales.

---

<sup>1</sup> MÜNKLER, H., “The wars of the 21st century”, *International Review of the Red Cross*, 2003, vol. 85, n. 848, pp.7-22.

## EL PATRÓN DE LA CONFLICTIVIDAD ARMADA CONTEMPORÁNEA

A pesar de nuestras precauciones ante el uso del término “nuevo”, consideramos que la aparición y uso extendido de los conceptos de “nuevos conflictos” y/o “nuevas guerras” responden a una serie de cambios que se producen desde finales del siglo XX. Sin ignorar su función discursiva y las críticas a la narrativa a la que han dado lugar, pueden servir para señalar y enfatizar algunas de las características que distinguen los conflictos armados propios de la era de la globalización que surgen tras el fin de la Guerra Fría de las etapas anteriores.

Antes de entrar a analizar la nueva conflictividad, queremos hacer unas breves precisiones sobre la conflictividad armada. Con la primera buscamos destacar la continuidad del carácter político de los conflictos armados. Todos ellos, nuevos y viejos, son políticos en tanto que obedecen a una determinada formulación política de los objetivos de un grupo, que se presentan en forma de incompatibilidad respecto a los de otro, y a una decisión política sobre su forma de resolución. Con la segunda queremos reconocer la dificultad de encajar los conflictos armados contemporáneos en las tipologías al uso. Debido a la naturaleza de los conflictos actuales que son multicausales (múltiples causas –declaradas u ocultas– concurren en su gestación), plurales (los actores que participan pertenecen a diferentes categorías), multidimensionales (los factores que intervienen en su exacerbación o resolución proceden de diferentes ámbitos materiales) y cambiantes (evolucionan y se transforman en el tiempo)<sup>2</sup>, en muchas ocasiones resulta difícil o artificioso su encasillamiento en las categorías tradicionales. Por ello se ha hecho necesaria la adopción de tipologías híbridas que combinen diferentes criterios<sup>3</sup>. En este sentido, las tipologías para ser útiles, para ordenar y sistematizar la realidad para aprehenderla mejor y poder intervenir sobre ella, deben ser flexibles e ir reformulándose a fin de adaptarse a los cambios de la realidad. Con el objetivo de ofrecer un mapa de la violencia organizada que impacta en la seguridad internacional contemporánea, los investigadores del SIPRI, distinguen entre conflictos armados, conflictos no estatales y violencia unilateral contra civiles<sup>4</sup>. Esta

<sup>2</sup> RAMSBOTHAM, O., WOODHOUSE, T. y MILL, H., *Resolución de conflictos. La prevención, gestión y transformación de los conflictos letales*, Barcelona, ICIP, 2011. p. 31.

<sup>3</sup> Utilizaremos de forma combinada las tipologías utilizadas por el *Stockholm International Peace Research Institute* (SIPRI), el *Peace Research Institute Oslo* (PRIO), el *Department of Peace and Conflict Research* de la Universidad de Uppsala (*Uppsala Conflict Data Program/UCDP*) y la *Escola de cultura de pau de la UAB (ECP)*.

<sup>4</sup> Los conflictos armados incluyen todos los conflictos entre dos partes que recurren al uso de la fuerza para resolver la incompatibilidad que les enfrenta, de las cuales al menos una es un gobierno de un Estado y que provocan al menos 25 muertes en un año. Combinando la tipología del SIPRI con la del UDCP, éstos pueden subdividirse en

clasificación se hace eco del concepto de seguridad humana puesto que incluye al individuo como referente. La concepción de la soberanía del Estado como responsabilidad de proteger, reflejo de la centralidad otorgada por la Comunidad internacional al ser humano y a la protección de sus derechos, ha llevado a incluir la violencia unilateral contra civiles en el patrón de conflictividad armada contemporánea.

Sin menoscabar la gran diversidad de conflictos que se han sucedido desde el final de la Guerra Fría y las oscilaciones en la intensidad de algunas tendencias, se puede perfilar un patrón de conflictividad armada contemporánea relativamente estable que afecta a diez variables.

En primer lugar, en cuanto al **número de conflictos**, en la primera década del siglo XXI se ha observado una cierta tendencia a la baja que los investigadores del SIPRI, Themnér y Wallensteen, califican de prometedora<sup>5</sup>. Si incluimos todas las categorías de conflictos que han provocado más de 25 muertes anuales, entre 2001 y 2010 se registraron un total de 400 acciones violentas, de las que solo 69 fueron conflictos armados. Aunque algunos teóricos de las nuevas guerras apuntaban a un incremento de la conflictividad armada tras la Guerra Fría, especialmente de las guerras civiles, la evidencia empírica demuestra que a medio plazo no ha sido así a pesar del pico de conflictividad de la primera década de los noventa.

En segundo lugar, en cuanto al **nivel de intensidad** de los conflictos, se han reducido significativamente el número de conflictos armados de alta intensidad, las guerras clásicas en las que morían más de mil personas a causa de las hostilidades. En definitiva, a pesar de la supuesta violencia sin límites propia de la post-Guerra Fría –uno de los elementos del discurso de las nuevas guerras–, la tendencia real en cuanto al número de muertos

---

interestatales, internos e internos internacionalizados. Esta última categoría incluye a su vez dos subcategorías: los conflictos vinculados a la “guerra global contra el terror” liderados por los Estados Unidos y los casos de intervención de un gobierno en los conflictos internos de países vecinos. Los conflictos no estatales son aquellos que implican solo a actores no estatales que pueden estar organizados formal o informalmente. Los conflictos no estatales a su vez incluyen tres subcategorías atendiendo al nivel de formalización de los grupos implicados: conflictos entre grupos formalmente organizados (como grupos insurgentes o rebeldes), conflictos entre partidarios o afiliados a partidos políticos o a candidatos informalmente organizados y conflictos entre grupos informales que comparten signos de identidad étnica, religiosa, nacional o tribal. La violencia unilateral se refiere a las situaciones en las que un Estado o un grupo organizado ejercen intencionadamente la violencia contra civiles. *SIPRI Yearbook 2012. Armaments, Disarmament and International Security*, Estocolmo, SIPRI, 2012.

<sup>5</sup> THEMNÉR, L and WALLENSTEEN, P., “Patterns of organized violence, 2001-2010”, en *SIPRI Yearbook 2012. Op. cit.* pp. 65-83 (p. 65). También el análisis del *Human Security Report 2012: Sexual Violence, Education, and War: Beyond the Mainstream Narrative*, Vancouver, Human Security Press, 2012.

fallecidos en los conflictos armados apunta a su reducción<sup>6</sup>. Con todo, los analistas del SIPRI no creen que se pueda afirmar que esta sea una tendencia que vaya a prevalecer. Las cosas podrían cambiar<sup>7</sup>.

En tercer lugar, en cuanto a **las víctimas** la tendencia no hace sino seguir el patrón del siglo pasado: el aumento de civiles fallecidos en las nuevas guerras, así como la proporción de civiles en relación a los militares fallecidos a causa de los conflictos armados. Actualmente ya se ha invertido la proporción de la Primera Guerra Mundial: en aquellos momentos moría un civil por cada diez militares; hoy el 90% de las víctimas mortales de los conflictos son civiles frente al 10% de militares<sup>8</sup>. Esta tendencia es consecuencia del tipo de conflictos predominante, del tipo de actores que participan y sobre todo de los métodos de combate utilizados. Respecto a las víctimas, otro patrón observable es el aumento de civiles desplazados a causa de las guerras: en 2012 el Alto Comisariado de Naciones Unidas para los Refugiados cifraba en 45,2 millones el número total de desplazados. Era la cifra más alta desde 1994, momento en que se alcanzó la de 47 millones<sup>9</sup>.

En cuarto lugar, respecto al **contexto espacial** de los conflictos podemos observar dos tendencias: por una parte se ha operado una reducción de las guerras interestatales (solo tres en el período 2001-2010)<sup>10</sup>, especialmente de las guerras entre grandes potencias, lo que se traduce en un predominio de los conflictos civiles o internos (prácticamente el

<sup>6</sup> LACINA, B., GLEDITSH, N.P. and RUSSET, B., “The Declining Risk of Death in Battle”, *Journal of Conflict Resolution*, 2006, vol. 50, n. 2, pp. 276-289.

<sup>7</sup> THEMNER, L and WALLENSTEEN, P., *Op. cit.* También la obra dirigida por Ramel y Holeindre defiende la necesidad de ser prudentes a la hora de valorar esta tendencia a la reducción de los conflictos mayores o de alta intensidad (guerras interestatales). Como hemos apuntado, la mayoría de autores que colaboran en ella defiende la transformación más que la desaparición de la guerra. RAMEL, F. y HOLEINDRE, J-V., *Op. cit.*

<sup>8</sup> Una parte de la literatura crítica con el discurso de las nuevas guerras discute algunas de las afirmaciones referidas al incremento de las víctimas civiles y señalan que, en realidad, la ratio actual es equiparable a la de la Segunda Guerra Mundial (50% civiles/50% militares muertos en los conflictos). Esta literatura se basa en análisis de las tendencias a largo plazo realizados por historiadores y demógrafos. Vid. las conclusiones del estudio de M. Sollenberg: SOLLENBERG, M., *Civilian Consequences of War: A Review of the Literature. Report to the Swedish Emergency Management Agency*, Uppsala, Department of Peace and Conflict Research of Uppsala University, 2006 (Cfr., MELANDER, E., ÖBERG, M. and HALL, J., “Are ‘New Wars’ More Atrocious? Battle Severity, Civilians Killed and Forced Migration Before and After the End of the Cold War”, *European Journal of International Relations*, 2006, vol. 15, n. 3, pp.505-536).

<sup>9</sup> De estos 45,2 millones, 15,4 eran refugiados; 28,8 eran desplazados internos y casi un millón eran solicitantes de asilo. Datos del ACNUR disponibles en <http://www.acnur.org/t3/recursos/estadisticas/>

<sup>10</sup> Esta tendencia al “contrabelicismo” se da especialmente entre las grandes potencias y se explicaría por el desarrollo, la democratización y por una economía globalizada y cada vez más interdependiente que hacen de la guerra una idea absurda e incongruente con los objetivos de los Estados y una solución inverosímil para alcanzarlos. DAVID, C-P., *La guerra y la paz. Enfoque contemporáneo sobre la seguridad y la estrategia*, Barcelona, Icaria/Antrazyt, 2008, p. 173. Madelbaun también considera relevante la influencia del cambio de valores que ha convertido a la guerra en una empresa “criminal y anormal” (MADELBAUM, M., “Is Major War Obsolete?”, *Survival*, 1999, vol. 40, n. 4, pp. 20-38, Cfr. DAVID, *Op. cit.*)

80%)<sup>11</sup>, es decir, de los “conflictos librados dentro de las fronteras de un país entre diferentes facciones articuladas, por factores étnicos, religiosos o políticos, asociados frecuentemente a intereses económicos”<sup>12</sup>. Por otra, el contexto de los conflictos ya no se limita a un campo de batalla o a un sector específico del territorio. La frontera entre interno e internacional no siempre es clara y nítida en el sentido que muchos de los conflictos civiles son alentados desde el exterior o son aprovechados por actores externos (uso del territorio del Estado en conflicto por parte de grupos político-militares extranjeros como santuario para realizar actividades ilegales, como base de retaguardia para la represión u otras actividades militares). En muchos casos, estos conflictos internos se regionalizan o internacionalizan, extendiendo su impacto político, económico y social más allá de las fronteras del Estado en el que se produce el conflicto e implicando a otros actores externos que bien participan indirectamente brindando apoyo –estratégico, logístico, armamentístico– a los grupos en combate o directamente interviniendo en procesos de mediación, a través de la intervención humanitaria o de la intervención armada. La tendencia a la regionalización aumenta cuando existen identidades transfronterizas. Desde el fin de la Guerra Fría, los conflictos civiles más abundantes han sido “las rebeliones contra el poder central por descomposición”<sup>13</sup>, características de los Estados fallidos. Son conflictos que tienden a dilatarse en el tiempo y a transformarse: muchos de ellos empezaron como guerras de liberación, secesión o reforma pero, por la propia dinámica del conflicto –interna, regional e internacional– y los objetivos de los actores primarios y secundarios, han degenerado en conflictos de facciones entre “señores de la guerra”<sup>14</sup>.

En quinto lugar, en cuanto a **los actores**, a los grupos o partes enfrentadas se ha producido un incremento importante del número y variedad de actores no estatales que participan en los conflictos armados contemporáneos. Por una parte, son más los conflictos en que una o varias de las partes no son fuerzas gubernamentales. Y, por otra, se han ampliado las categorías de actores no estatales que participan en ellos. Si tradicionalmente

<sup>11</sup> Lo que no significa que aumenten sino que al reducirse los interestatales, los internos pasan a ser predominantes. El *Human Security Report* constata un descenso del 80% de este tipo de conflictividad desde 1992. *Human Security Report Project, Op. cit.* p.154.

<sup>12</sup> PÉREZ DE ARMIÑO, K., AREIZAGA, M. y VÁZQUEZ, N., “Conflictos civiles”, *Diccionario de Acción Humanitaria y Cooperación al Desarrollo*, <http://dicc.hegoa.efaber.net>.

<sup>13</sup> Los conflictos civiles pueden ser también: a) guerras por delegación en las que potencias regionales o internacionales se enfrentan indirectamente a través de grupos a los que apoyan, habituales en la Guerra Fría; b) guerras de contrainsurgencia en las que el gobierno central se enfrenta a grupos periféricos insurgentes; y c) guerras de liberación o reforma, libradas contra regímenes corruptos o represivos. *Ibidem*.

<sup>14</sup> SNOW, D.M., *Uncivil Wars. International Security and the New Internal Conflict*, Londres, Lynne Rienner, 1996.

los conflictos internos eran conflictos entre el gobierno y un grupo político insurgente, en los conflictos contemporáneos se observa una gran proliferación de grupos que no solo luchan contra el gobierno sino entre sí: facciones lideradas por caudillos locales o “señores de la guerra”, guerrillas insurgentes, milicias, bandas paramilitares locales, grupos terroristas con conexiones transnacionales, grupos del crimen transnacional organizado, etc. Holsti se ha referido a esta realidad caracterizando los conflictos actuales como “guerras entre personas”<sup>15</sup>. Esa pérdida del carácter estrictamente militar de los conflictos armados ha sido calificada también como “desmilitarización de los conflictos armados”<sup>16</sup>, expresión que sirve para explicar la dilución de las características de los modos de combate y del uso de la fuerza en los conflictos armados propias de las fuerzas armadas regulares (disciplina, jerarquía, cadena de mando, sujeción y acción al servicio del poder político). En definitiva, se desdibuja la distinción entre combatientes y civiles. La desmilitarización así entendida implica que, al no luchar mayoritariamente fuerzas armadas regulares, los métodos de combate son distintos y los objetivos de la violencia ya no son objetivos militares que puedan ser alcanzados con una victoria militar.

En otro orden de cosas, la diversidad de actores que intervienen en los conflictos armados contemporáneos conlleva que la mayoría de ellos sean asimétricos, ya que las partes enfrentadas son muy dispares en cuanto a naturaleza (qué son y a quién representan), fuerza (cuál es su nivel acceso a los recursos económicos y armamentísticos) y modo de actuación (qué tácticas y estrategias de combate utilizan).

Otra vertiente de esta última tendencia relacionada con los actores secundarios (aquellos que intervienen directa o indirectamente, pero que no participan de la incompatibilidad que motiva el conflicto) es la participación creciente de las empresas militares y de seguridad privadas en los conflictos armados. Este fenómeno forma parte de uno más amplio –la privatización de la seguridad– que tiene unas consecuencias muy graves sobre algunos aspectos centrales de la seguridad y del orden internacional. Aunque también es presentada como un fenómeno novedoso, en realidad la participación de actores privados en los conflictos armados tiene una larga tradición. Desde el fin de la Guerra Fría, sin embargo, ha adquirido una dimensión y una visibilidad sin precedentes que, de la mano del creciente protagonismo de las empresas militares y de seguridad privadas, ha dado lugar

<sup>15</sup> HOLSTI, K. J., *The State, War and the State of War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996

<sup>16</sup> MÜNKLER, H., 2005, *Op. cit.*

a una etapa de “privatización de la seguridad”<sup>17</sup> de los conflictos armados y se ha convertido en una tendencia global de extensión prácticamente universal (solo el Ártico queda al margen). Sin entrar a analizar en profundidad esta tendencia, que a nuestro entender es una de las transformaciones más importantes por su alcance e impacto, (al ser objeto de otra ponencia), nos referiremos muy brevemente a sus causas y a su impacto. Respecto a las primeras, los especialistas coinciden en vincular el avance de la privatización a seis causas principales: al patrón de conflictividad contemporánea<sup>18</sup>, a la percepción occidental de los nuevos conflictos<sup>19</sup>, al proceso de privatización y externalización de servicios públicos, a la revolución tecnológica en el ámbito militar, a la reducción de los ejércitos en el mundo occidental y en la Europa central y oriental, y a las relaciones entre las industrias militares norteamericanas y europeas y sus gobiernos. Respecto a su impacto, la privatización incide sobre el proceso de transformación de la soberanía estatal, sobre la seguridad y los conflictos y sobre la gobernanza global. Los análisis críticos con las actuaciones de las empresas militares y de seguridad privadas detectan diversas secuelas negativas de su acción en estos tres ámbitos: desde causar graves daños a la seguridad de las personas hasta afectar a la identidad y la autonomía de los Estados débiles<sup>20</sup>, pasando por la introducción externa de desequilibrios entre las partes en conflicto, la militarización social propiciada por la creación del mercado transnacional de la fuerza<sup>21</sup>, el establecimiento de santuarios para grupos armados y la generación de resultados no controlables y no deseables como muertes de civiles, acciones de inteligencia y de lucha antiterrorista de dudosa legalidad, la destrucción del medio ambiente, el agotamiento de los recursos naturales, el apoyo a regímenes represivos que apoyan la violencia, etc. Refiriéndonos tan solo a la incidencia sobre los conflictos, cabe afirmar que con su acción las empresas militares y de seguridad privadas extienden sus tentáculos a todos los ámbitos de los conflictos armados: en el ámbito funcional cuestionan o interfieren en la eficacia de los

<sup>17</sup> TAULBEE, J. L., “The Privatization of Security: Modern Conflict, Globalization and Weak Status”, *Civil Wars*, 2002, vol. 5, n. 2, pp. 1-24.

<sup>18</sup> ABRAHAMSEN, R. AND WILLIAMS, M. C., “The Privatisation and Globalisation of Security in Africa”, *Special Issue of International Relations*, 2007, vol. 21, n. 2; HOLMQVIST, C., “Private Security Companies: The Case for Regulation”, *SIPRI Policy Paper* n. 9, enero, Estocolmo, Stockholm International Peace Research Institute, 2005 (pp. 2-3).

<sup>19</sup> SPEARIN, C., “Private security companies and humanitarians: a corporate solution to securing humanitarian spaces?”, *International Peacekeeping*, 2001, vol. 8, n. 1, pp. 20-43.

<sup>20</sup> BAILES, A.J.K., “Global security governance: a world of change and challenge”, *SIPRI Yearbook*, 2005, Estocolmo, SIPRI, 2005, pp.1-27.

<sup>21</sup> AVANT, D., “The Implications of Marketized Security for IR Theory: The Democratic Peace, Late State Building and the nature and Frequency of Conflict”, *Perspectives on Politics*, 2006, vol.4, n. 3, pp. 507-528.

ejércitos; en el político cuestionan el tradicional monopolio estatal del uso legítimo de la fuerza, de manera que el control del uso de la fuerza pasa a ser compartido con nuevos actores, organizaciones o individuos; y en el social retan al Estado y al orden internacional en tanto que el uso privado de la fuerza no siempre es congruente con los valores sociales generales como la democracia, el Derecho internacional, los Derechos Humanos y la protección de civiles en los conflictos armados<sup>22</sup>. Por tanto, la privatización de la seguridad modifica también la dinámica de los conflictos armados. Y también tiene influencia sobre la gestión: la existencia y “normalización” de un mercado de la seguridad<sup>23</sup> condiciona la resolución de los conflictos. En este mercado, las empresas militares y de seguridad privadas aseguran su negocio a través de la creación de nuevas necesidades. La tarea prioritaria de estas empresas no es convencer de la competencia técnica de los servicios que prestan sino crear la necesidad, es decir, convencer a los clientes (Estados, organizaciones internacionales, organizaciones no gubernamentales, empresas, etc.) de que necesitan sus servicios. Y ahí es donde se produce una influencia determinante sobre las pautas de conflictividad. En un mundo en paz la demanda de sus servicios disminuiría. Por tanto, las empresas, con el fin de vender su producto –la provisión de seguridad– definen las problemáticas internas, regionales, internacionales o transnacionales en términos de seguridad y, consiguientemente, condicionan su gestión. El enfocar conflictos y rivalidades en términos de seguridad, puede en un extremo, implicar el recurso a la fuerza, pero la privatización de la seguridad reduce los efectos políticos negativos de su uso. Con lo cual aumentan las opciones de política exterior disponibles para los Estados, especialmente las relacionadas con la remilitarización de los conflictos y el recurso al uso de la fuerza: las empresas militares y de seguridad privadas presentan como opciones óptimas soluciones de tipo militar que los Estados pueden adoptar cómodamente, a pesar de que éstas no gocen de gran apoyo político y social (electoral), ya que no intervendrán soldados regulares sino personal de empresas militares y de seguridad privadas. En definitiva, el disponer del recurso al uso de la fuerza a un coste político prácticamente inexistente, puede derivar en un

<sup>22</sup> AVANT, D., 2005, *Op. cit.*, PERCY, S. *Regulating the Private Security Industry*, Londres, ISS/Routledge, *Adelphi Paper* nº384, 2006.

<sup>23</sup> Leander define el proceso de normalización llevado a cabo por las empresas militares y de seguridad privadas como el proceso consistente en presentar el sector de la seguridad privada como un sector económico más, un sector “normal” en el que, como en cualquier otro, las diferentes empresas compiten por los contratos en base a su experiencia técnica y en la que la competencia profesional se mide por la eficacia de los resultados y por la competitividad de los costes. LEANDER, A., “The impunity of Private Authority: Understanding Private Security Contractor (Un-) Accountability. Paper presented at SGIR, Torino Conference. Disponible en: [http://turin.sgir.eu/uploads/Leander-Leander\\_SGIR07.pdf](http://turin.sgir.eu/uploads/Leander-Leander_SGIR07.pdf)., 2007a.

aumento del uso de la violencia para resolver los conflictos en el escenario internacional.

En sexto lugar, respecto a las **causas y objetivos** (la naturaleza de la incompatibilidad del conflicto) desde finales del siglo pasado las ideologías y la territorialidad han perdido espacio como causas de la conflictividad armada, mientras que han aumentado los conflictos por motivos identitarios (étnicos, religiosos, nacionales o tribales)<sup>24</sup>. Entre 2001 y 2010 el 60% de los conflictos no estatales se libraron entre comunidades étnicas o religiosas<sup>25</sup>. Junto a estos datos hay que tener presente que, a menudo, la identidad es instrumentalizada para alcanzar el poder político y que, aun cuando los actores enfrentados se agrupan en torno a líneas de identidad e incluso enarbolan la bandera identitaria, puede haber otras causas subyacentes más poderosas que ésta como, por ejemplo, el reparto asimétrico de recursos entre comunidades, el monopolio del poder y la explotación de una comunidad por otra. La segunda causa en importancia es de índole económica y está vinculada al acceso a los recursos (energéticos, minerales, alimentarios, acuíferos, etc.)<sup>26</sup>. Una interpretación extendida de estos conflictos por los recursos los define en términos de “codicia”<sup>27</sup>, lo que supondría que se lucha por el mero afán lucrativo de las partes. Los autores que defienden esta línea de pensamiento enfatizan el atractivo del robo y el saqueo para las fuerzas rebeldes, mientras que consideran irrelevante el papel de la ideología o de la lucha política en los nuevos conflictos<sup>28</sup>. Este planteamiento está muy vinculado a la idea que interpreta y tilda las nuevas guerras de bárbaras y degeneradas, y obvia otros enfoques de los conflictos por los recursos que los interpretan como el resultado de agravios históricos y estructurales. Collier y Hoeffler apuntan que los motivos económicos (situaciones extremas de pobreza o de desigualdad) no son suficientes para que estallen conflictos armados sino que, a la vez, deben darse oportunidades de obtener altos beneficios económicos porque, insisten, la causa no está tanto en los factores económicos en sí como en la codicia<sup>29</sup>. Por otra parte, muchas de las rivalidades vinculadas al acceso de los recursos, especialmente a

<sup>24</sup> REYNAL-QUEROL, M., “Ethnicity, Political Systems and Civil Wars”, *Journal of Conflict Resolution*, 2002, vol. 46, n. 1, pp. 29-54.

<sup>25</sup> SIPRI *Yearbook 2012. Op. cit.*

<sup>26</sup> CAMPBELL, G., *Diamantes sangrientos. Las piedras de la Guerra*, Barcelona, Paidós, 2003; GIORDANO, E., *Las guerras del petróleo, Geopolítica, economía y conflicto*, Barcelona, Icaria, 2002.

<sup>27</sup> COLLIER, P. and HOEFFLER, A., “Greed and grievance in civil war”, *Oxford Economic Papers*, 2004, vol. 56, n. 4, pp. 563-595.

<sup>28</sup> KALDOR, 2001, *Op.cit.*; NEWMAN, E., *Op. cit.*; MUELLER, J., “Banality of ‘Ethnic War’”, *International Security*, 2000, vol. 25, n. 1, pp. 42-70.

<sup>29</sup> COLLIER, P. and HOEFFLER, A., “On Economic Causes of Civil War”, *Oxford Economic Papers*, 1998, vol. 50, n. 4, pp. 563-573.

los energéticos, tienen que ver con la industrialización acelerada de los países emergentes y no se plantean necesariamente en términos de conflicto sino de rivalidad y de competencia con las grandes potencias en un sistema económico que defiende la liberalización de los mercados. Sin ser hoy en día conflictos, son fuentes potenciales de conflictos. Por ello es muy importante su gestión cooperativa para evitar que deriven en conflictos armados. El Mar de China meridional o el continente africano son escenarios paradigmáticos de estas rivalidades regionales e internacionales<sup>30</sup>, y ya existen ejemplos de la incidencia directa de los intereses y rivalidades externos en conflictos armados internos, como es el caso de la paradigmática interferencia de los intereses petrolíferos chinos en el conflicto de Darfur<sup>31</sup>.

Además de las causas directas de los conflictos existen numerosos factores indirectos de orden global, regional o estatal que pueden ser muy determinantes aunque permanezcan ocultos: los cambios en la estructura del poder del sistema internacional y las diversas consecuencias del enfrentamiento de intereses entre los poderosos actores emergentes y los actores tradicionalmente poderosos que luchan por mantenerse, los reajustes geopolíticos y geoeconómicos de la post-Guerra Fría y la globalización, la creciente disparidad entre riqueza y pobreza, la dimensión medioambiental del acceso a los recursos, la proliferación armamentística –horizontal y vertical– y la mayor accesibilidad a las armas convencionales, las presiones políticas o económicas de actores externos, las intervenciones externas en conflictos internos, los flujos demográficos transfronterizos, las divisiones sociales internas (económicas, étnicas, religiosas) y la debilidad o colapso institucional de los Estados fallidos.

En séptimo lugar, en cuanto a las **tácticas e instrumentos de combate** utilizados en los conflictos del siglo XXI son observables tres tendencias. Respecto a los métodos, prácticamente no existen las batallas y el territorio se controla a través de la población, siendo habitual el recurso al desplazamiento de grupos en base a la identidad (étnica, religiosa)<sup>32</sup>. El discurso de las nuevas guerras enfatiza su “barbarización”, el desvanecimiento de las diferencias entre las actividades propias de la guerra (violencia organizada con fines políticos), del crimen organizado (violencia organizada con fines

<sup>30</sup> Vid. GARCIA, C., IBÁÑEZ, J. i PAREJA, P., *Seguretat i conflictivitat a l'Àsia Oriental: la Xina, l'ordre regional i els conflictes marítims*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2009; MOYO, D., *Winner Take All. China's Race for Resources and What It Means For Us*, London, Penguin, 2012.

<sup>31</sup> LEE, P.K., CHAN, G. and CHAN, L.H., “China in Darfur: humanitarian rule-maker or rule-taker?”, *Review of International Studies*, vol. 38, n. 2, pp. 422-444.

<sup>32</sup> KALDOR, M., 2013, *Op. cit.*, p. 2.

lucrativos y privados) y de las violaciones a gran escala de los Derechos Humanos (violencia contra civiles). M. Shaw los ha calificado como “guerras degeneradas”, aludiendo a la combinación de acciones genocidas y a la descomposición de las estructuras nacionales, especialmente de las fuerzas armadas<sup>33</sup>. Hay mayor recurso al uso de técnicas terroristas y de guerrilla de forma indiferenciada, de tal forma que terroristas y guerrilleros son cada vez más difíciles de identificar como unos u otros. Por otra parte, el nuevo terrorismo transnacional es distinto de otras formas anteriores de terrorismo internacional, ya que amenaza a la seguridad de la sociedad internacional en su conjunto. Se convierte en una estrategia en sí mismo, con un alto valor simbólico<sup>34</sup>.

En cuanto a los instrumentos, es generalizado el uso de las armas pequeñas y ligeras: se estima que hay 500 millones en el mundo (un arma por cada 12 personas)<sup>35</sup>. Esta tendencia es resultado de la naturaleza de los grupos combatientes. Los grupos irregulares no tienen acceso al mercado legal de armas y recurren al mercado negro, aprovechándose de la proliferación, disponibilidad y fácil acceso a las armas pequeñas y ligeras que son baratas (un fusil de asalto AK47 puede comprarse por unos 15\$ o por un saco de grano), fáciles de usar –incluso por niños– sin apenas adiestramiento, fáciles de ocultar y transportar y altamente destructivas<sup>36</sup>. En paralelo, y en claro contraste con la anterior tendencia, algunas de las partes en conflicto, las menos, tienen acceso a una tecnología militar cada vez más sofisticada. La “Revolución en los Asuntos Militares” (RAM) introdujo el uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en los asuntos militares con el resultado de la mejora de las capacidades militares y ha contribuido a crear, en Occidente, la falsa y peligrosa imagen de las “guerras limpias”, guerras con objetivos selectivos y con apenas víctimas (especialmente propias)<sup>37</sup>. Ambas tendencias son una

<sup>33</sup> SHAW, M., “War and globality: the role and character of war in the global transition”, en HO-WON, J (ed.), *Peace and Conflict: A New Agenda*, Hampshire, Ashgate Publishing, 1999.

<sup>34</sup> PAREJA, P., “El nuevo terrorismo transnacional: características, factores explicativos y exigencias”, en GARCÍA, C. y RODRIGO, A. (eds.), *La seguridad comprometida, Nuevos desafíos, amenazas y conflictos armados*, Madrid, Tecnos, 2008, pp. 57-59.

<sup>35</sup> Datos de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el tráfico ilegal de armas pequeñas y ligeras en todos los aspectos:

[www.un.org/spanish/conferences/smallarms/sgcarta.htm](http://www.un.org/spanish/conferences/smallarms/sgcarta.htm). Las Naciones Unidas, desde 1990, han luchado por situar la cuestión de las armas pequeñas y ligeras en la agenda política mundial. En 2001 se celebró la mencionada conferencia.

<sup>36</sup> Se estima que estas armas provocan 1.000 muertos por día. Económicamente, el Banco Interamericano de Desarrollo evalúa los costes indirectos de la violencia causada por esta categoría de armas entre 140 y 170 millones de dólares, para la región de América latina. *Idídem*.

<sup>37</sup> La consideración de la RAM motivó la conceptualización de las nuevas guerras como guerras “postmodernas”. GRAY, C.H., *Postmodern War: The New Politics of Conflict*, Londres, Routledge, 1997.

manifestación más de la asimetría característica de los conflictos armados contemporáneos a la que ya nos hemos referido. La asimetría en el ámbito tecnológico repercute en la dinámica del conflicto, ya que las partes implicadas actúan con lógicas distintas según tengan o no acceso a alta tecnología militar<sup>38</sup>. Aquéllas que lo tienen se han convertido en “sociedades post-heroicas”<sup>39</sup> e intentan acelerar el inicio de las hostilidades y limitar al máximo su duración para minimizar las bajas propias. Por su parte, aquellos grupos que no lo tienen operan con la lógica opuesta: ralentizar y alargar el conflicto a fin de aumentar las bajas ajenas y con ello hacer que sus enemigos paguen un precio más elevado, tanto en términos políticos como económicos. Aunque es una transformación importante también ha demostrado tener límites. Las guerras de Afganistán e Irak los han puesto de manifiesto: el acceso al armamento más sofisticado no es garantía de victoria ni de guerra rápida. El contexto geográfico, político y social sigue siendo determinante.

En octavo lugar, en cuanto a la **financiación o la economía de los conflictos**, el patrón económico de los conflictos del siglo XX –economía centralizada, totalizadora y autárquica– ha sido sustituido por otro en el que predomina la descentralización, en el que la economía nacional, en lugar de ponerse al servicio del conflicto, se colapsa y en el que aumenta exponencialmente la dependencia de fuentes de financiación externa (apoyo de otros gobiernos, remesas de los expatriados, desvío de la ayuda humanitaria, etc.) La economía de las guerras actuales está fuertemente marcada por la corrupción, la privatización de la violencia y, en algunos casos, la criminalización del Estado<sup>40</sup>. A parte de las fuentes también varían los métodos utilizados por las partes para financiarse: se intensifica el recurso al saqueo, al mercado negro, a los secuestros, a los impuestos revolucionarios y al tráfico ilegal de productos y mercancías (armas, recursos –petróleo, piedras preciosas, minerales–, drogas etc.) Kaldor afirma que la economía política de las nuevas guerras autoalimenta y perpetúa los ciclos de violencia y la conducta criminal vinculada a actividades económicas: las guerras favorecen determinados negocios (el tráfico ilegal de materias primas, por ejemplo), que a su vez necesitan de la falta de estabilidad,

<sup>38</sup> MÜNKLER, H., 2003, *Op. cit.*

<sup>39</sup> Münkler se refiere con este término a las sociedades occidentales cuyos valores más preciados son la preservación de la vida humana y la obtención de los más elevados niveles de bienestar. Son sociedades que ya no valoran el honor y el sacrificio ni están preparadas ni dispuestas a tolerar los costes de la guerra, las muertes, y las cargas derivadas de ellas. Por ello el autor habla de la “vulnerabilidad del mundo desarrollado” en el contexto de las nuevas guerras. MÜNKLER, H., 2003, *Op. cit.*, pp.-11-12.

<sup>40</sup> CILLIERS J. and MASON, P., *Peace, Profit or Plunder? The Privatization of Security in War-Torn African Societies*, Pretoria, Institute for Security Studies, 1999; KALDOR, M., 2001, *Op. cit.*

control y regulación que conlleva la situación de conflicto para realizar con impunidad sus actividades y mantener sus beneficios.

En noveno lugar, en cuanto al **patrón de conflictividad regional**, es obvio que los conflictos no se reparten por igual sobre el mapa mundial y que esa distribución desigual es pertinaz. El fin de la Guerra Fría, al situarnos ante la evidencia de la reducción de la probabilidad de conflicto armado en el centro del sistema y la persistencia de los conflictos armados en la periferia del sistema, obligó a la reflexión sobre las disparidades en la geografía de los conflictos. A mediados de los noventa, Holsti, reelaborando la idea de Singer y Wildavsky sobre las zonas de paz y de turbulencia en el sistema internacional<sup>41</sup>, planteó la existencia de cuatro zonas en base a la presencia o ausencia o a la mayor o menor probabilidad de conflictos armados. Ordenadas de mayor a menor nivel de conflictividad, distinguía entre zonas en guerra (África, las ex-repúblicas soviéticas, Oriente Medio, Centroamérica y los Balcanes), zonas sin guerra (Sureste asiático), zonas en paz (el Caribe y el Pacífico sur) y las comunidades pluralistas de seguridad (América del norte y Europa occidental)<sup>42</sup>. Éste patrón se mantiene hoy día: existen conflictos en todas las zonas pero no en todas ellas el riesgo de que desemboquen en conflictos armados es el mismo. La mayoría de los conflictos armados y de los conflictos no estatales del periodo 2001-2010 se concentraron en África y las zonas con menores niveles de conflictividad armada fueron América del Norte y Europa occidental.

En décimo y último lugar, aludiendo a la **relación entre conflicto y seguridad**, hay que destacar que con el final de la Guerra Fría, que parecía ser el origen y la mayor fuente inseguridad, no aumentó la seguridad de las personas, de los Estados ni del sistema. Al contrario y paradójicamente, el fin del enfrentamiento bipolar provocó más turbulencias e inestabilidad y, por ende, mayor inseguridad. Parte de esta sensación de inseguridad está relacionada con la novedad y falta de comprensión de los retos y amenazas a la seguridad,

---

<sup>41</sup> SINGER, M. and WILDAVSKY, A., *The Real World Order. Zones of Peace and Zones of Turmoil*, Chatham, Chatham House Publishers, 1993. Otros autores utilizan también esta idea para explicar las relaciones de seguridad propias de la post-Guerra Fría: Buzan y Little las denominan zonas de paz y zonas de conflicto; BUZAN, B. and LITTLE, R., *International Systems in World History. Remaking the Study of International Relations*. Oxford, Oxford University Press, 2000. Snow utiliza la división de Singer y Wildavsky pero no su terminología. Se refiere a estas dos zonas como subsistemas del sistema mundial (*first tier* y *second tier*); SNOW, D.M., *The Shape of the Future: World Politics in a New Century*. Armonk, M. E. Sharpe, 1999, first ed. 1991.

<sup>42</sup> HOLSTI, K.J., *Op. cit.*. La idea de comunidad plural de seguridad es heredera de la idea de comunidad de seguridad de K. Deutsch, definida como aquella región en la que el uso de la violencia a gran escala es improbable o incluso impensable. DEUTSCH, K. et al., *Political Community and the North Atlantic Area: International Organization in the Light of Historical Experience*. Princeton, Princeton University Press, 1957.

la ausencia de la preparación pertinente para hacerles frente y también con el hecho de que los múltiples y diversos actores no estatales que participan en los conflictos no funcionan con la lógica estatal ni en el desarrollo de las hostilidades, ni en la negociación, lo que hace que su gestión y resolución sea más difícil. La mayoría de instrumentos normativos e institucionales para la resolución de conflictos están pensados para un mundo de Estados y de conflictos interestatales en el que la mayor amenaza era el ataque armado de otro Estado y, a pesar de la evidencia de las nuevas tendencias, siguen sin adaptarse a las necesidades de seguridad que éstas generan. En este sentido, los atentados del 11-S fueron un hecho realmente novedoso y singular en tanto que enfrentaron a la mayor potencia del sistema interestatal y a la sociedad internacional en su conjunto a la evidencia de que las amenazas se han transformado y la vulnerabilidad global se ha incrementado. Sin embargo, a nuestro entender, la novedad y el desconcierto inicial no explican la que consideramos una auténtica resistencia por parte de políticos, profesionales y académicos de las Relaciones Internacionales a asumir e integrar las consecuencias de esas "novedades" en el análisis y en la gestión de los problemas de la sociedad internacional contemporánea. Dicho de otra manera, sigue existiendo una disociación entre el discurso que destaca y enfatiza la novedad y el cambio, y la práctica política y analítica que permanece anclada en realidades y condiciones pretéritas. Esta resistencia a cambiar los esquemas de análisis y de actuación es muy profunda, más de lo razonable. El origen de esta conducta no hay que buscarlo en una mala lectura o en interpretaciones erróneas de la realidad, sino en la falta de voluntad política. Asumir el diagnóstico correcto implicaría cambios profundos en la estructura normativa e institucional del orden internacional que los Estados y los actores ocultos tras los mercados no están dispuestos a tolerar.

Llegados a este punto, y tras habernos referido a él en numerosas ocasiones, realizaremos una breve reflexión sobre el discurso de las nuevas guerras y el debate académico que ha generado.

## **LAS NUEVAS GUERRAS COMO DISCURSO Y SU REVISIÓN**

Tan importante como los cambios reales en las características de las guerras es la caracterización discursiva que se ha hecho de ellas. El discurso que se ha articulado en torno a las nuevas guerras tiene consecuencias sobre los análisis y las interpretaciones políticas que de ellas se hacen. El análisis teórico de las llamadas nuevas guerras ha

generado un discurso no exento de polémica que ha dado lugar a un debate académico entre quienes lo defienden y quienes discuten su oportunidad, ya sea en términos empíricos o ideológico-normativos<sup>43</sup>. Algunas de las críticas se refieren a la falta de evidencia empírica de alguna de las tendencias atribuidas a las nuevas guerras, otras a la aplicación extensiva de datos cuantitativos que deberían limitarse al periodo inmediato a la post-Guerra Fría, otras a la presentación como novedosas de tendencias que solo han aumentado y otras a las consecuencias del discurso.

Si bien la nueva conflictividad ha sido conceptualizada a través de varios términos – guerras entre personas, privatizadas, híbridas, postmodernas, postheroicas, de tercer tipo–, se ha acabado imponiendo el de “nuevas guerras” y por ello es el que concentra la mayor parte de las críticas<sup>44</sup>. La discusión sobre la falta de novedad de las nuevas guerras ha devenido un lugar común. Haciendo frente a estas críticas en un reciente artículo, Mary Kaldor sostiene que el calificativo “nuevo” en la expresión “nuevas guerras” “(...) debe ser entendido como una estrategia de investigación y una guía para la política”<sup>45</sup>. La autora la defiende afirmando que el objetivo de calificar de nuevos a los conflictos de la post-Guerra Fría era cambiar la forma en que los académicos, los políticos y los legisladores se aproximaban a ellos a fin de interpretar correctamente los patrones de violencia como medida imprescindible para intervenir sobre los mismos.

Un primer grupo de críticas es el que discute la realidad de la novedad y las falacias metodológicas de los análisis que hacen que “(...) algunas de las tesis centrales [del discurso de las nuevas guerras] no resistan el escrutinio empírico”<sup>46</sup>. Kaldor, al contrario, sostiene que aunque la tesis de las “nuevas guerras” inicialmente se basó más en datos cualitativos que cuantitativos, los datos cuantitativos la han confirmado<sup>47</sup>.

Las divergencias entre críticos y defensores se explican parcialmente por el uso de definiciones de conflicto armado o guerra que no reflejan las peculiaridades de la nueva

---

<sup>43</sup> El debate ha sido recogido por numerosos trabajos de los que caben ser destacados: BERDAL, M., “How ‘New’ are ‘New Wars’? Global Economic Change and the Study of Civil Wars” *Global Governance*, 2003, vol. 9, nº 4, pp. 477-502; HOOGVELT, A., “Debate: the New Wars”, *New Political Economy*, 2000, vol. 5, n. 1, pp. 99-100; MELANDER, E., ÖBERG, M. and HALL, *Op. cit.*; MUNDY, J., “Deconstructing Civil Wars: Beyond New Wars Debate”, *Security Dialogue*, 2011, vol. 42, n. 3, pp. 279-295.; NEWMAN, *Op. cit.*; dos interesantes revisiones bibliográficas del debate son las de BELLO, P.A., “Review article: In search of new wars: the debate about a transformation of war”, *European Journal of International Relations*, 2010, vol. 16, n. 2, pp. 297-309 y BRZOSKA, M., “New Wars Discourse in Germany”, *Journal of Peace Research*, 2004, vol. 41, n. 1, pp. 107-117.

<sup>44</sup> KALDOR, M., “In Defence of New Wars”, *Stability*, 2013, Vol 2, n. 1, pp. 1-16 (p.1)

<sup>45</sup> *Ibidem*.

<sup>46</sup> BRZOSKA, M., *Op. cit.* p. 108.

<sup>47</sup> KALDOR, M., 2013, *Op. cit.* p. 7.

conflictividad<sup>48</sup>, por la imprecisión de las cifras sobre víctimas civiles –debida tanto a la existencia de diferentes sistemas para contabilizarlas como a la dificultad para distinguir entre combatientes y no combatientes o la imposibilidad de probar si fallecieron como víctimas colaterales de los combates o de la violencia deliberada política o criminal–, así como por el uso de diferentes períodos temporales. Sin presentar pruebas concluyentes que invaliden la totalidad del discurso, pero incidiendo en algunos puntos débiles, la mayoría de los críticos está de acuerdo, sin embargo, en la necesidad de mejorar la conceptualización y teorización de la conflictividad armada contemporánea en el sentido de modificar los modelos teóricos prevalentes de acuerdo a la realidad empírica<sup>49</sup>. De hecho se han dado pasos en esta dirección, por ejemplo, el incluir la categoría los conflictos internos internacionalizados y la violencia unilateral contra civiles como modos de conflictividad armada relevantes para la seguridad internacional.

Una segunda crítica se dirige a la imprecisión del concepto, al hecho de que en el discurso se incluye bajo la etiqueta “nuevas guerras” a todo tipo de conflictos armados y de violencia sin distinguir si ha habido declaración formal o no, o si se trata de violencia unilateral. Los críticos denuncian que este hecho tiene consecuencias: el incluir todo tipo de violencia bajo esta rúbrica propicia la adopción de soluciones de tipo militar, antes que políticas, cuya eficacia es más que dudosa, como se ha podido comprobar en la “guerra contra el terror”.

Un tercer grupo de voces discordantes se centra en el debate sobre las causas. Los autores identificados con el discurso de las nuevas guerras –Collier, Hoffler, Holsti, Kaldor, Ignatieff, Shaw, Van Creveld<sup>50</sup>– han desarrollado una narrativa que, en su conjunto, resalta los aspectos identitarios o la codicia como fuentes causales de las nuevas guerras y de la violencia atroz y degenerada y los identifica con el caos y la confusión de planos público-privado, político-económico y civil-militar. Es un discurso que nace muy vinculado a las guerras en los Balcanes, en el Cáucaso y en África en los años inmediatos al fin del conflicto

---

<sup>48</sup> Kaldor argumenta que los datos empíricos usados por sus críticos no son válidos porque derivan de categorías tradicionales no aplicables a los conflictos actuales que siguen separando la esfera estatal de la no estatal cuando, precisamente, una característica de la nueva conflictividad es la dificultad de distinguir entre conflicto y actores estatales y no estatales. *Ibidem*.

<sup>49</sup> BELLO, P.A., *Op. cit.* p. 306.

<sup>50</sup> and HOFFLER, A., “Greed and Grievance in Civil War”, *The World Bank Policy Research Working Paper 2355*, Washington, Banco Mundial, Mayo 2000; GRAY, C.H., *Op. cit.*; HOLSTI, K.J., *Op. cit.*; KALDOR, M., 2001, *Op. cit.*; IGNATIEFF, M., *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*, Madrid, Taurus, 1999; SHAW, M., *War and Genocide*, Cambridge, Polity, 2000; VAN CREVELD, M., *The Transformation of War*, Nueva York, Free Press, 1991.

bipolar pero que, por extensión, se ha aplicado a los conflictos armados contemporáneos. Aunque al analizar la conflictividad armada aluden a las causas estructurales que hemos señalado (fin de la Guerra Fría, globalización)<sup>51</sup>, la imagen de conjunto que predomina es la de conflictos bárbaros motivados por identidades excluyentes o la de lucha descarnada por los recursos con afán lucrativo. Desde posiciones críticas, autores como Berdal y Malesovic han cuestionado la desvinculación de la ideología y la identidad argumentando que la política identitaria es también ideológica y la ideológica es identitaria. Kaldor responde que, aun siendo esto cierto, a su entender la distinción sigue siendo útil porque mientras una política identitaria persigue el poder para un grupo, una política ideológica persigue el poder para realizar un programa ideológico específico<sup>52</sup>.

Respecto a la causalidad económica de las nuevas guerras (acceso a los recursos) el discurso apunta a la codicia y al afán de lucro, con lo cual los actores, una vez más, son criminalizados. No hay lugar para consideraciones que comprendan la búsqueda de soluciones a agravios y situaciones de injusticia distributiva<sup>53</sup>. La crítica no niega que haya conflictos que respondan a esta pauta, sino que contesta que se generalice su aplicación indiscriminadamente. Kaldor, en su defensa de la narrativa de las nuevas guerras, matiza que lo que sostiene es que éstas responden más a intereses económicos (*mutual enterprise*) que a un choque de voluntades políticas. Las partes están interesadas en el negocio de la guerra más que en ganar o perder. La exaltación de la identidad política no es sino una vía para alcanzar, a través de la prolongación del conflicto armado, beneficios económicos. Se hace cada vez más borrosa la distinción entre guerra (violencia política) y crimen (violencia por intereses privados). Con todo, su objetivo no parece ser el demonizar o criminalizar a determinadas sociedades ya que aplica su esquema por igual a todos los actores de las nuevas guerras, sean grupos paramilitares, criminales organizados, señores de la guerra o la Administración estadounidense en su guerra contra el terror<sup>54</sup>.

<sup>51</sup> En el debate alemán sobre las causas de las guerras nuevas, la globalización ha sido identificada como la principal causa de la nueva conflictividad. Resumiendo la argumentación predominante, el proceso de globalización incide en la decadencia del Estado, contribuyendo a desestructurar aquellos Estados potencialmente débiles, erosionando su capacidad de regulación económica e incrementando la capacidad de los actores no estatales para utilizar la violencia al facilitarles enormemente el acceso a las armas. BRZOSKA, M., *Op. cit.*

<sup>52</sup> BERDAL M., “The ‘New Wars’ Thesis Revisited”, en STRACHAN, H. and SHEIPERS, S., *The Changing Character of War*, Oxford, Oxford University Press, 2011; MALESOVIC, S., *The sociology of war and violence*, Cambridge, Cambridge University press, 2010 (Cfr. KALDOR, M. 2013, *Op. cit.* p. 5-6).

<sup>53</sup> CABALLERO, O., *La construcción de la paz posbélica. Análisis de los debates críticos a través del caso de Sierra Leone*, Tesis Doctoral, Bellaterra, UAB., 2001, Vid. Cap. I, apartado 2, “Un “consenso liberal” sobre los problemas de posguerra fría”.

<sup>54</sup> KALDOR, M., 2013, *Op. cit.* p.13.

Pero más importante que la disputa sobre cuáles son las causas es el discurso subyacente que se desprende de la teorización de las nuevas guerras. Duffield y Chandler entienden que la simplificación de la realidad que genera esta narrativa amaga las causas estructurales de los conflictos y con ello entorpece su solución<sup>55</sup>. No obstante, esta narrativa es bien acogida en Occidente porque tranquiliza las conciencias y crea una falsa sensación de seguridad al circunscribir el conflicto a determinadas zonas periféricas. La esencia de la crítica es que al ofrecer una falsa imagen de la conflictividad la está perpetuando, al tiempo que permite eludir responsabilidades políticas. El discurso de las nuevas guerras denuncia las violaciones masivas de derechos humanos, las actividades criminales y los aspectos de violencia descontrolada que ciertamente se producen en los conflictos contemporáneos al tiempo que los caracteriza como acciones "inhumanas", "irracionales" o "degeneradas". Con ello lanza el mensaje implícito de que se trata de la violencia por la violencia, sin conexión con objetivos políticos o causas "justas" o "razonables". Este proceso de despolitización y desideologización provoca la implícita culpabilización de las sociedades en conflicto. El conflicto ya no obedece a causas políticas, la lucha por el poder en cualquiera de sus manifestaciones. Por el contrario, es interpretado como un fenómeno epidémico que convierte en patológicas a las sociedades afectadas que pasan a ser consideradas sociedades enfermas, deficientes o anormales respecto a la normalidad identificada con la racionalidad y la democracia (occidentales). Este análisis de los conflictos contemporáneos se aleja de las causas estructurales, internacionales y/o sistémicas, ignora interferencias y presiones exteriores (políticas y/o económicas, abiertas o encubiertas) y los identifica con Estados fallidos, con élites locales ambiciosas y sin escrúpulos, con el subdesarrollo y la pobreza. Kaldor defiende el discurso matizando que, aunque exista una narrativa que parece exaltar la fascinación por la violencia de grupos y redes de grupos diversos, éstas son luchadas por cuestiones políticas y que incluso puede afirmarse que son una forma de política. Según esta autora lo que las diferencia de las guerras clásicas clausewitzianas no es su carácter apolítico, sino el predominio de las causas vinculadas a cuestiones de política interna en lugar de a las de política exterior. Por el contrario, sí que discute su racionalidad y justifica el discurso de la "irracionalidad". Admite la racionalidad de las nuevas guerras en términos instrumentales porque responden a intereses, pero al ser intereses particulares y

---

<sup>55</sup> DUFFIELD, M., *Las nuevas guerras en el mundo global. La convergencia entre desarrollo y seguridad*, Madrid, La catarata, 2004 (primera ed. en inglés, 2001); CHANDLER, D., "The Problems of 'Nation-Building': Imposing Bureaucratic 'Rule from Above'", *Cambridge Review of International Affairs*, 2004, vol. 17, n. 3, pp. 577-591.

exclusivos no los considera “razonables”. Esta distinción está basada en la idea hegeliana de razón según la cual la racionalidad de la conducta del Estado tiene que ver con la defensa de los intereses públicos generales contrapuestos a los intereses privados particulares. Así, las nuevas guerras serían racionales pero no razonables<sup>56</sup>.

Un aspecto de las nuevas guerras sobre el que no hay debate y se admite sin discusión la novedad es el de la economía política de los conflictos: se ha desvanecido el patrón nacional de economía de guerra anterior y ha aumentado el recurso a fuentes alternativas de financiación tales que los impuestos revolucionarios, los secuestros, el pillaje la explotación ilegal de recursos, el tráfico ilegal de drogas, armas y otros bienes. Aunque tampoco estas fuentes de financiación son nuevas si lo es el peso relativo en el conjunto de la economía<sup>57</sup>.

La conclusión que puede extraerse del debate sobre las nuevas guerras es que existe coincidencia en admitir que el discurso y la polémica suscitada han sido útiles para abrir nuevas perspectivas de análisis académico y de debate político no solo sobre los conflictos sino sobre la seguridad. También hay acuerdo en admitir que el discurso es aún impreciso e incompleto y que sigue siendo necesario alcanzar un consenso académico sobre los conceptos a utilizar. Una vez alcanzado éste, habrá que respaldar las premisas y afirmaciones discursivas con evidencias empíricas, evitando el discurso valorativo y etnocéntrico. Solo un discurso consensuado al que se le reconozca valor analítico tendrá alguna posibilidad de traducirse en un impulso de políticas públicas estatales y de mecanismos de gobernanza global. Políticamente, el discurso debe servir para avanzar en la resolución de los conflictos, la reducción de la conflictividad y el aumento de la seguridad.

## REFLEXIONES FINALES

La sociedad internacional se enfrenta a viejos y nuevos retos y amenazas a la seguridad, entre ellos la conflictividad armada que aún siendo una amenaza tradicional se ha transformado como consecuencia de los procesos generales que operan en las relaciones internacionales, de las dinámicas regionales y de las particularidades estatales. Por tanto, la conflictividad armada de alta intensidad, la guerra, sigue siendo un reto a la seguridad que ve aumentada la dificultad de su gestión a causa de los aspectos novedosos que derivan de los cambios y tendencias de la sociedad internacional, vinculados a los

<sup>56</sup> KALDOR, 2013, *Op. cit.* pp. 11-12.

<sup>57</sup> MELANDER, E., ÖBERG, M. y HALL, J., *Op. cit.*, p. 39.

procesos que acompañan a la globalización (revolución de las tecnologías de la información y la comunicación, intensificación de la interdependencia en todos los ámbitos, privatización de todas las esferas de la vida social, etc.) Las transformaciones experimentadas en la pauta de conflictividad armada no han conducido a un mundo más seguro sino que, al contrario, han exacerbado la dificultad de gestión de los conflictos. Las razones han sido analizadas y son ampliamente conocidas: la mayor complejidad de los conflictos, tanto por la multicausalidad de las incompatibilidades y el carácter estructural de muchas de ellas; el mayor número de actores y sobre todo por su diversidad vinculado al hecho de que las normas e instituciones tradicionales de gestión de conflictos están pensadas para un tipo de conflictividad –la interestatal– en clara regresión, mientras que seguimos sin disponer de instrumentos normativos vinculantes adaptados a las nuevas necesidades, y los que existen no son aceptados por todos los Estados ni siquiera por todas las grandes potencias del sistema interestatal. La problemática, insistimos, no deriva de la mala lectura de la realidad, de la errónea comprensión del fenómeno de la guerra, sino de la incapacidad política de asumir las consecuencias del análisis. Una acción política coherente implica no solo aceptar el diagnóstico sino aceptar las medidas necesarias para incidir sobre las causas que generan la problemática. Pero ello, en el contexto actual, implicaría cambios fundamentales en el orden internacional, tan fundamentales que podrían llegar a significar un auténtico “nuevo orden”, algo a lo que los Estados y otros actores defensores del *statu quo* no están dispuestos. Hay que reconocer que ha habido avances normativos significativos: la atención internacional a la protección de las víctimas civiles de los conflictos armados desde 1999, la teorización y el debate en el seno de Naciones Unidas sobre la responsabilidad de proteger o incluso la resolución del Consejo de Seguridad sobre Libia (Res. 1973/2011). Estos hechos llevan a algunos analistas optimistas a hablar de “nuevos paradigmas para un nuevo siglo” o de la “nueva geopolítica de la intervención”<sup>58</sup>, lo que a nuestro entender es aún prematuro. Es una tendencia que indica un giro conceptual y normativo pero dista de ser un cambio paradigmático en tanto que es contestado –explícita o implícitamente– por algunos de los actores más poderosos de la escena internacional. A este respecto, y en un contexto geopolítico y geoeconómico marcado por el ascenso de las llamadas potencias emergentes, no se puede menospreciar sus reticencias manifiestas ante este cambio de paradigma. China es manifiestamente contraria a cualquier tipo de intervención extranjera en los

---

<sup>58</sup> SIPRI Yearbook 2001, Estocolmo, SIPRI, 2011.

asuntos internos de otro país sea cual sea el motivo, incluida la protección de los civiles en un conflicto armado. Sin una resistencia tan declarada, Brasil ha acuñado el concepto de “responsabilidad mientras se protege”, bien acogido por los BRICS y otros países no occidentales, para contraponerlo al de “responsabilidad de proteger” con el fin de intentar limitar que ésta sea utilizada como un instrumento para justificar el intervencionismo occidental. Si bien es cierto que la responsabilidad de proteger tiene mejor acogida en el ámbito occidental, también en él las excepciones son notorias y es objeto de descrédito por la práctica incoherente de aquellos Estados que no la contestan discursivamente pero la invalidan políticamente con la aplicación de dobles estándares a situaciones similares motivada por intereses económicos que, en la mayoría de los casos, ni siquiera son nacionales. Además y quizás antes que los cambios normativos, y aún más difíciles que éstos, deberían operarse cambios en las instituciones fundamentales del orden internacional que permitieran reducir las causas de conflictividad estructural. El problema es que ni los Estados, ni los poderosos actores económicos parecen dispuestos a aportar por ello.

Finalmente, constatamos la existencia de tendencias contrapuestas en el ámbito de la seguridad en el sistema internacional y que tienen un impacto significativo sobre la gestión de la conflictividad y sobre los conflictos armados: una lógica de parcelación de la seguridad<sup>59</sup> y de defensa de intereses particulares, representada por el avance de la tendencia a la privatización, que se contrapone a la lógica universalizadora de la concepción humana de la seguridad defendida e impulsada no solo por Naciones Unidas, sino por muchas otras organizaciones intergubernamentales, organizaciones no gubernamentales, otras organizaciones, movimientos y asociaciones de la sociedad civil y algunos Estados, así como su corolario, la responsabilidad de proteger. Al estar al servicio de intereses corporativos, la privatización de la seguridad es implícitamente contraria a las características básicas de la seguridad humana puesto que el ser humano no está en el centro de las decisiones empresariales, no es el cliente; la idea de la universalidad como consideración de que existen amenazas comunes a toda la Humanidad carece de sentido puesto que lo que importa son las amenazas a las que se enfrenta el cliente; la independencia no es más que formal porque la acción está condicionada a los intereses de los clientes; y la prevención no interesa puesto que si se evitan los conflictos desaparece el negocio o al menos una parte

---

<sup>59</sup> El recurso a los servicios militares y de seguridad privada por parte de Naciones Unidas, por ejemplo, sería, en principio, una excepción ya que la organización responde a los criterios de universalidad y multilateralismo y defiende el concepto de seguridad humana.

sustancial de él. Tampoco los principios defendidos por la seguridad humana inspiran la provisión de servicios militares y de seguridad privados: en efecto, el respeto a los Derechos Humanos no se antepone al objetivo militar y de seguridad del cliente; la autoridad política legítima tampoco es relevante para las empresas militares y de seguridad privadas: el cliente es quien paga, sea o no autoridad legítima; el multilateralismo está fuera de consideración al igual que el principio ascendente (*bottom-up*) y el del enfoque regional. Estos principios, básicos en una lógica de gobernanza global de la seguridad, son incompatibles con la lógica de la privatización. Por ello es absolutamente necesario articular instrumentos jurídicos y políticos de regulación y control en un marco multilateral a partir de la consideración de la seguridad como un bien público global.



[www.icps.cat](http://www.icps.cat)